

# RESURRECCIÓN DE JESÚS Y MENSAJE PASCUAL

Xavier Léon-Dufour

## PARA AYUDAR A LA COMUNICACIÓN DE LOS RELATOS DE RESURRECCIÓN

He aquí, a título de ejemplo, algunas sugerencias sobre la manera de abordar y de presentar tal o cual relato evangélico sobre los acontecimientos de pascua. Es un exegeta el

que habla, sin tener la pretensión de decirlo todo, sino con la intención de indicar las orientaciones desviadas y sugerir algunas pistas válidas.

### I. LA VISITA DE LAS MUJERES AL SEPULCRO

#### 1. Tres peligros que deben ser evitados

##### a) Narrar los hechos brutos en sí mismos

— Presentar el «hallazgo del sepulcro vacío» de suerte que pueda parecer una prueba de la resurrección, o incluso camino hacia la fe; ahora bien, según los textos, dicho hallazgo provoca sólo el desconcierto, sin ser nunca causa de fe (salvo en Jn 20, 8, donde el sentido del verbo «creyó» es discutible). Al contrario de lo que a veces se ha escrito en libros o revistas, los apóstoles nunca *afirmaron* que el sepulcro estuviese vacío la mañana de pascua. Hablar así sería suponer que hubo proclamación apostólica del hallazgo, cuando ningún anuncio dice una palabra de ello.

— Dirigir la atención sobre la ausencia del cadáver de Jesús o sobre los lienzos doblados es desviar al lector del mensaje que hay que transmitir y orientar el evangelio hacia la narración de un hecho diferente. La única presentación válida consistiría en hacer ver con Jn el simbolismo oculto en el detalle.

— Entrar en los problemas de la datación de la visita, del motivo de la ida de las mujeres, etc.,

equivale a enredarse en dificultades considerables, si no insolubles, y suscitar cuestiones históricas delicadas y sin verdadero alcance evangélico, como la del enterramiento.

##### b) Adornar la historia para hacerla más verosímil

— Insistir en los detalles hasta el punto de que ya no estén subordinados a la totalidad del relato.

— Inventar cuadros narrativos imaginarios (la primavera, el camino recorrido, etc.) o motivos psicológicos para la búsqueda de las mujeres, distintos de la unción o el deseo de «ver».

##### c) Querer demostrar la fe en la resurrección

— Razonar de esta forma: «Resucitó, *ya que* no está aquí». Los primeros cristianos no han establecido una conexión intrínseca entre el sepulcro vacío y la fe en Cristo vivo; solamente han reflexionado sobre su fe y han recordado que el sepulcro había sido encontrado vacío. El sepulcro vacío no es ni siquiera un fundamento secundario de la fe en la resurrección.

#### 2. Tres pistas

Tras haber precisado una pista hay que escoger entre las diversas recensiones y ajustarse a ella con rigor, más bien que querer decirlo todo mezclando las perspectivas.

a) Las *santas mujeres*. Su comportamiento puede unificar la predicación. En la perspectiva del evangelista *Marcos* el oyente está invitado efectivamente a identificarse con ellas y a seguir su camino. Salieron porque eran fieles a Jesús; pero su fidelidad se dirige a un muerto. Llevadas por la idea de entrar en el sepulcro no prestaron atención a la piedra que lo cerraba. Cuando abandonan su proyecto por la

inesperada presencia de un joven que les revela la ausencia de Jesús y que les confía una misión dirigida a los discípulos, ellas se quedan sorprendidas, asombradas, trastornadas. Marcos deja a su lector ante el misterio que va a realizarse, sin revestirle de ninguna clase de imágenes. En ningún momento del relato se dice que las mujeres se inclinaron para constatar que el sepulcro estaba vacío; efectivamente, la evidencia les llega por el anuncio de la resurrección: Jesús ya no está allí. El lector está invitado a recorrer paso a paso el itinerario que siguen las mujeres; si conviene volver-

se hacia el pasado, es para encontrar en él un impulso mayor hacia el futuro, hacia el Señor que llega (cf. 196-199).

b) El *mensaje del ángel* constituye un punto de convergencia del relato y ofrece un centro que puede también unificar la predicación. El nexa crucificado/resucitado expresa la relación esencial que une el presente con el pasado, todavía hoy. «No está aquí» podría ofrecer a la predicación un *leit-motiv*. ¿Dónde está Jesús? ¿Se puede decir de antemano dónde está? ¿No se debe decir primero simplemente que no se sabe? ¿Voy a buscar a Jesucristo en el pasado, en el sepulcro? ¿Estoy dispuesto a salir con paso firme hacia el futuro en que me saldrá al encuentro?

¿Cómo encontrarlo? Es *Lucas* el que nos va a guiar. A despecho de una lectura superficial, Lucas no centra la atención en la constatación del sepulcro. Según él el Viviente es el que nos ha hablado antes y que va a hablarnos todavía; es preciso volver siempre a ese pasado que ha sido narrado en el evangelio, pero que hoy se nos hace presente por el Resucitado.

c) La *pedra corrida* desempeña un papel importante en los cuatro relatos, pero es en *Mateo* donde se convierte en el principal símbolo para una predicación.

Para un judío el sepulcro no es simplemente una «última morada», sino el *sheol*, los infiernos, o también el poder de la muerte, bestia cuyas gigantes fauces se disponen a devorar a los hombres. Cerrado por la piedra, manifiesta que la muerte triunfó sobre la vida. Abierto, porque la piedra fue retirada a un lado, simboliza la derrota de la muerte. La piedra corrida o el sepulcro abierto es lo que condensa en un símbolo el triunfo de Dios sobre la muerte.

Entonces se comprende el espectáculo que presencian las mujeres, probablemente en plena noche, como hemos dicho en el capítulo 8. Contrastando con las tinieblas aparece resplandeciente el ángel del Señor. Como en el momento de la muerte de Jesús, la tierra tiembla ante la faz del Señor. La piedra no es causa de inquietud para las visitantes ni el que esté corrida es objeto de comprobación: tiene por función inmediata no el permitir a las mujeres la entrada sino simbolizar el objeto del conflicto entre el hombre y Dios. Al sentarse sobre la piedra, el ángel del Señor significa el triunfo definitivo de Dios sobre la muerte. Los guardias quedan como muertos; los enemigos están vencidos; el mensaje ya se puede entregar a las mujeres. El hombre puede interrogarse ante la muerte, cuya experiencia continuamente se le impone.

## II. LA APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

La dificultad que encuentra el predicador late en el carácter a la vez dogmático y psicológico que unifica este relato; por consiguiente sería preciso no sacrificar ni uno ni otro de estos aspectos, sino hacerlo de tal suerte que la finura de la descripción fuese la primera floración de la riqueza dogmática. También conviene profundizar en la analogía de situaciones en que se encuentran los peregrinos de Emaús y los oyentes contemporáneos.

Vemos a los discípulos que, como nosotros, han oído hablar del Resucitado, pero no lo han «visto»; son conducidos a encontrarle en el camino por el que van, en la Palabra y en el Pan. Éste es también nuestro itinerario de hoy, cualquiera que sea el grado de experiencia religiosa al que hayamos llegado, pues todavía media mucha distancia entre escuchar y experimentar y este foso ha de irse rellenando sin cesar. Sigamos, pues, las tres etapas de este encuentro.

a) *Sin esperanza*. Los discípulos saben que Jesús, profeta grande ante Dios, murió crucificado

y que, por lo tanto, el asunto estaba concluido; sin embargo, al encontrar vacío su sepulcro, las mujeres afirman que está vivo. A pesar de saber esto, están tristes, destrozadas por la muerte que ha matado al Justo. Saber no es ver. ¡Cuánta ciencia en nuestros días! Pero qué poca certeza y, en consecuencia, qué poca esperanza.

b) El *encuentro* con el Resucitado se hace progresivamente, y este irse abriendo de los ojos merece una descripción. Sin embargo no conservaremos más que los dos modos de comunicación con los que Jesús se hace conocer.

El encuentro se hace en la *palabra* que el desconocido les dirige, y no por cualquier sublime teofanía que saciase el deseo de lo extraordinario, ni por la invitación a fijarse en los rasgos humanos y maravillosos que él dejó sobre la tierra. Es recordándoles las sagradas Escrituras como Jesús les lleva a comprender lo que ha sucedido. Lo que Dios quiere no es un éxito clamoroso sino la aceptación del sufri-

miento según un misterioso designio que prefigura la suerte del siervo de Dios en el canto del profeta Isaías. Por consiguiente, la cruz no es una catástrofe, sino una dimensión necesaria de la existencia. Todo eso no se aprende sino escuchando la palabra.

Pero uno no comprende que lo ha entendido, no se da cuenta de que el corazón estaba ardiendo sino en el momento de la *fracción del pan*, y más exactamente en el momento de la separación. El huésped invitado a quedarse a la velada se convierte en el huésped que da de comer. En este momento los ojos de los discípulos se abren. Pero no para ver con los ojos corporales, sino para comprender y captar la presencia de Jesús en el momento en que desaparece. La relación que se establece con el Resucitado no pertenece al orden sensible —verle o tocarle— sino al orden de la audición de la palabra y de la comida sacramental.

c) Los *discípulos se convierten en testigos* en el sentido de que van a comunicar a sus hermanos el descubrimiento que acaban de hacer. Habían partido, se habían puesto en camino probablemente abandonando a sus hermanos; pero vuelven a la comunidad. No hay que pensar que, al oír decir que el Resucitado se había hecho ver de Simón, los discípulos se hubiesen sentido frustrados: eso sería incurrir en una explicación psicológica completamente humana, como si los discípulos hubieran querido conservar la prioridad del descubrimiento. Por el contrario, la intención de Lucas es mostrar que Cristo se manifestó a todos, y que todos pueden celebrarlo.

Un símbolo unificador se encontraría en el tema del camino y del encuentro, que le es familiar a Lucas. El Resucitado nos alcanza en nuestras empresas, en nuestras andanzas, acaso también en nuestras «huidas», siempre dispuesto a hacerse reconocer.

### III. APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS REUNIDOS (Jn 20, 19-29)

Ante todo, el predicador tiene que manifestar la dimensión eclesial de la aparición: se trata de la fundación de la iglesia a la que pertenecemos.

a) *Situación*. Jesús se presenta «el primer día de la semana» u «ocho días después», es decir, que nos encontrarnos en el «domingo», que es cuando tiene lugar la asamblea litúrgica. El evangelista ha querido exponer el sentido del domingo en sus orígenes. ¿Qué ocurre en este día? No hay inconveniente en hablar de «conmemoración» del acontecimiento paschal; pero todavía habría que saber qué se entiende exactamente con esto. Muy a menudo se trataría de un recuerdo del acontecimiento pasado, el que tuvo lugar hace unos dos mil años, por el que Dios resucitó a su Hijo y por el que Jesús se manifestó a sus discípulos. Pero este pasado no tiene interés si no repercute en el tiempo presente que vivimos. Conmemorar quiere decir actualizar una presencia, que ciertamente es del pasado, pero también de hoy. La asamblea del pueblo cristiano debe actualizar cada domingo la presencia viva de aquel sin el cual no existiría.

b) El *encuentro del Señor*. El tema de la iniciativa permite no sobrevalorar el fenómeno de Jesús que pasa a través de las puertas cerradas. Juan no pretende localizar el cuerpo de

Cristo haciendo creer que está espacialmente distante de sus discípulos, y que de alguna forma está dotado de poderes mágicos. Cristo exaltado al cielo en su gloria, si quiere, puede hacerse presente a pesar de los obstáculos que erijan los hombres y, sobre todo, a pesar del miedo. Simbólicamente Cristo está presente más allá de los muros dentro de los cuales los hombres se encierran.

Al decir «Paz a vosotros», Jesús demuestra positivamente la iniciativa que toma. No es un deseo al que correspondería en los que le oyen una posibilidad o una eventualidad; es un don, conferido actualmente del mismo modo que en la profecía o en el evangelio se realiza el anuncio de la buena nueva (Is 40, 9; Mc 1, 15). Esta paz no es un sentimiento que provenga del hombre, sino un don concedido por Dios mismo (cf. Jn 14, 27); habría que manifestar la riqueza del término en el pensamiento bíblico: salud, salvación, justicia y reconciliación... Todo eso ya no está ligado a la presencia terrena de Jesús, sino a su victoria sobre el mundo (16, 33).

Si Jesús muestra sus manos y su costado es porque el Viviente quiere hacerse *reconocer* como aquel que había sido crucificado. El predicador no debe insistir en la materialidad de las llagas del Resucitado; puede incluso preci-

sar que el evangelista no dice que los discípulos hayan tocado al Señor. Sobre todo ha de hacer ver el alcance simbólico del gesto. Con él se expresa la necesidad del creyente de referirse siempre a la historia pasada. No se puede abolir, a no ser por una abstracción engañosa, el acontecimiento originario; hay que volver a él sin cesar y no para quedarse en él, sino para fundamentar el encuentro actual del Señor.

Finalmente los discípulos se llenan de *alegría*. Esta alegría no se puede confundir con un sentimiento puramente humano, sino que significa la eclosión de una experiencia única y definitiva: «vuestra alegría nadie os la quitará» (16, 22), es «perfecta» (15, 11). La iglesia vive en la alegría, está «salvada»: ya nada puede abatirla. Ha de actualizar siempre en sus asambleas el encuentro con su Señor.

c) La *misión* aparta a la iglesia de un siempre posible hundimiento en la ilusoria satisfacción de «poseer» a su Señor. Es el Señor quien triunfa sobre el pecado que arrebató al mundo la paz y la alegría. Por eso envía a sus discípulos. La novedad de esta revelación consiste en que esta misión, a través de la misión propia de Jesús, es la misión del Padre: no hay más que una misión (Jn 17, 18) y esto infunde confianza, pues la misión de Jesús se realizó plenamente a través de su elevación en la cruz.

Jesús no solamente revela el origen de la misión sino que facilita de hecho el único actor que puede conducirlo a buen término. El sopló creador (Gen 2, 7) hace del discípulo una nueva criatura, renacida (Jn 3, 3-5), capaz de atestiguar la verdad, también capaz de actualizar el juicio inaugurado por Jesús durante su vida terrena. El proceso de un día es el proceso de siempre, en el que el Espíritu da testimonio en el corazón de los creyentes de que la causa de Jesús es justa (16, 8-11). En este marco conviene situar el poder de perdonar los pecados: no limitarse al «sacramento de la penitencia», sino ampliar la promesa a la dimensión del conflicto que enfrenta a Jesús con el pecado del mundo.

d) La *aparición a Tomás* es de hecho una aparición al grupo completo de los discípulos. También ahí conviene no limitar el horizonte de la escena con consideraciones psicológicas que tienden a hacer perder lo esencial.

La *situación* es la misma que antes; ocho días después, o sea, el domingo siguiente. Pero

la escena está introducida por las reflexiones de Tomás y se concluye con la palabra de Jesús: «¡Dichosos los que sin ver creen!». También hay que leer este relato como un relato especialmente dirigido a todos aquellos que, como Tomás, como los lectores del evangelio al fin del siglo primero, no han «visto» ni verán al Resucitado, a diferencia de los discípulos privilegiados. ¿Es posible creer, puesto que ya no se puede ver? ¿En qué puede apoyarse la fe? La cuestión es actual y corresponde a nuestros problemas acerca de las relaciones entre razón y fe. El predicador podría, por tanto, en filigrana, hacer captar el parecido de nuestra situación con la de Tomás, a condición de hacer reconocer en primer lugar que todos nosotros somos «incrédulos» en el mismo seno de nuestra fe.

Tomás no quiere prestar su fe al testimonio de los demás discípulos, sino que, como ellos, quiere experimentar la presencia del Resucitado, un «ver» que se convierte en un tocar sensible. Jesús le concede hacer lo que pedía, pero añade una invitación a creer; no le niega la experiencia sensible, pero le exige la fe verdadera, dejando en la ambigüedad el acto de fe que va a hacer. Pero Tomás, sin que se diga que haya tocado sus llagas, confiesa inmediatamente su fe. La misma palabra de Jesús ha suscitado en él fe y Tomás «vio» al Resucitado. En cierto sentido Tomás ha superado la prueba de la fe, puesto que ha respondido con una espléndida proclamación que se apoya sobre la sola palabra del que así se le manifestaba. En otro sentido merece un cierto reproche que interesa situar exactamente.

«¡Dichosos los que sin haber visto creen!», dice Jesús. No se trata de la visión sensible ni del tacto, sino de la experiencia inmediata del Resucitado. Tomás no ha aceptado el testimonio prestado por los discípulos; los creyentes de hoy y de los tiempos futuros deben creer a través del testimonio de la iglesia que transmite la tradición de los primeros discípulos. Jesús no critica las «apariciones» relatadas en los evangelios, sino que felicita a los creyentes del tiempo futuro. Tal es la lección que da el Resucitado sobre la «tradición» en que nacemos a la fe, y sobre la imposibilidad de reclamar unas pruebas personales por parte del Resucitado: estamos embarcados en la nave de la iglesia.

#### IV. LA APARICIÓN A LOS ONCE (Lc 24, 36-49)

Este relato es más descriptivo que el precedente y corre el peligro de inducir a consideraciones desmesuradas acerca de tal o cual elemento de la narración, con detrimento del todo (cf. capítulo 9). La dificultad afecta sobre todo a los pasajes que tienden a hacer que uno «se imagine» la escena; no hay forma de esquivarlos, pero hay que hacerlo de suerte que no aparezcan presentados en sí mismos, sino que se contrapesen siempre con los pasajes más «espiritualizantes», como la iniciativa de Jesús.

Una primera pista parece que se puede seguir sin inconvenientes: mostrar cómo se concentra todo alrededor de la afirmación de Jesús: «Soy yo mismo». Volvemos a encontrar aquí la preocupación de la tradición por subrayar la

identidad del Resucitado con Jesús de Nazaret (tema del reconocimiento).

En la misma línea, el desarrollo sobre la interpretación de las Escrituras coincide con lo que se ha dicho a propósito de Emaús: la ley de la existencia según el plan de Dios.

El desarrollo sobre la misión confiada reclama lo que hemos indicado más arriba como constitutivo de la iglesia; convendría mostrar la concepción lineal de la historia: la iglesia fue fundada en pentecostés y debe esperar el retorno de Jesús al fin de los tiempos.

Finalmente podría situarse la escena en un ambiente de cena eucarística. A condición de poner de relieve lo que entonces significaba la cena (cf. Act 10, 41), expresión que indica como ninguna otra la comunidad de vida.

#### V. LA APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA (Jn 20, 11-18)

No podemos extendernos sobre esta narración que, bajo un cierto aspecto, presenta el mismo interés y las mismas dificultades que el relato de Emaús. Sin embargo, es, de alguna manera, más completo, pues presenta muy claramente la triple dimensión de los relatos clásicos de aparición: iniciativa, reconocimiento, misión.

El tema del reconocimiento está particularmente cuidado. La atención de María está centrada sobre el pasado; se trata de arrancarla a este pasado y a su pasado. Debe descubrir una nueva manera de entrar en contacto con el Cristo viviente y experimentar en qué consiste la presencia a través de la ausencia. Entonces es

cuando necesariamente interviene la misión: yendo hacia los hermanos, María abandonará su pasado y descubrirá un nuevo modo de presencia de su Señor.

Si el predicador quiere subrayar algunos aspectos psicológicos de la escena, como el llanto de María, puede hacerlo, pero a condición de darle una dimensión teológica, apoyado en el sermón de la cena. «Sino que vuestros corazones se han llenado de tristeza por haberos dicho esto. Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito» (16, 6-7). «Lloraréis y os lamentaréis... Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo» (16, 20).

#### VI. LA ASCENSIÓN

Ante todo hay que escoger uno de los tres textos (Mc 16, 14-20; Lc 24, 50-51; Act 1, 3-11), pero sin perder de vista ninguna de las precisiones teológicas hechas en el capítulo 2 de esta obra. Recordemos brevemente algunos de los peligros a que está expuesto el predicador en la presentación de este misterio. El primer peligro consiste en querer describir la escena, leyendo según convenga entre líneas, a fin de «hacerla más viva». Algunos no tienen reparo en decir que Jesús hizo un rodeo por Betania para ir a saludar a sus amigos Lázaro, Marta y

María; quizás sea la ocasión de lucir sus conocimientos arqueológicos, pero esto es seguramente desviar la atención de lo esencial. Otros predicadores han imaginado que Jesús durante su elevación iba viendo los lugares donde había vivido: Belén, las calles de Jerusalén, el Gólgota... y hacía sus comentarios al respecto. Finalmente, es peligroso insistir en la cronología de los cuarenta días, en la localización (la derecha de Dios) y, sobre todo, en todo aquello que evoque una «subida en globo» o la neblina de la nube, el cielo claro...

Existe, pues, el peligro de querer visualizar el misterio y también puede haber desplazamientos de acento desde el punto de vista teológico. Al expresar el tema de la separación, de la partida, de la preparación de los puestos por parte de Jesús, a veces se acaba subrayando que la tierra es este «triste valle de lágrimas», un pobre lugar de tránsito, y que los creyentes debieran estar poseídos por la nostalgia de la eternidad... Todo esto no es más que una pobre caricatura de la esperanza.

Esto supuesto, hay que reconocer que no se puede presentar el misterio sin adoptar una cierta *cosmología* para exponerlo. Nuestros contemporáneos se sonríen cuando se les fuerza a seguir objetivamente la subida al cielo; no llegan a imaginarse que no se puede hablar sin un lenguaje simbólico. Por tanto, es indispensable invitar a los oyentes a que se sientan poetas, o al menos como niños. A este respecto se puede recordar

que los psicólogos unánimemente reconocen el valor simbólico del arriba y del abajo y que el cielo no es un lugar adonde se va, sino una persona a quien se encuentra. Se sentirán menos propensos a identificar la ascensión con una subida a la estratosfera y a pensar como Gagarin que uno va a encontrarse con Dios al pasar al cielo superior. Esto supuesto, hay que evocar la cosmología de los antiguos. La tierra se concibe como una especie de plataforma bajo la cual se encuentra el *sheol* y sobre la cual están colocados los diversos cielos. Para significar que Jesús es constituido Señor, se le representa recorriendo los cielos y los infiernos; pero eso no es sino un vehículo de la fe que permite expresar el triunfo definitivo de Jesucristo. El predicador deberá, por tanto, evocar sobriamente esta forma de representar el universo, a fin de mostrar que no toma ingenuamente a la letra las imágenes y los símbolos empleados para expresar el misterio.

### 1. La afirmación fundamental (Mc 16,19)

Lo esencial se resume en la fiesta de Cristo, rey y Señor del universo (cf. Sal 110, 1), como lo indica claramente la tradición sobre Cristo exaltado al cielo (capítulo 2). Por lo tanto, interesa captar el sentido simbólico de la «subida al cielo».

No significa en modo alguno que desde ahora ha quedado establecida una distancia entre el cielo y la tierra, sino al contrario, que el Resucitado, constituido Señor, está presente en todos los puntos del universo.

Simboliza la exaltación como subida: «Subo hacia mi Padre, que también es vuestro Padre» (Jn 20, 17). Por el contrario, la nube tiene una función secundaria, ya que forma parte del aparato externo de las teofanías: oculta y a la vez revela al personaje divino que acompaña o sostiene.

Se pueden seguir dos líneas de exposición:

a) La *separación* de los discípulos (Lc 24, 50-51), que indica el término de un modo determi-

nado de relación entre Cristo y los discípulos. Esta separación implica la espera del retorno y de la parusía. Pero al mismo tiempo no está presente en esa separación la tristeza que normalmente acompaña a toda separación, sino que es la alegría la que invade los corazones a causa de la promesa del Espíritu Santo. Los discípulos alcanzan un nuevo modo de presencia a través de la ausencia.

b) La *exaltación* por encima de los cielos, es decir, la presencia continua (cf. Mt 28, 20). En esta línea, lejos de describir la subida», se subraya la situación adquirida en lo alto, gracias a la cual Cristo ejerce el señorío sobre la tierra en su conjunto. De ahí se sigue una nueva concepción de la relación tierra/cielo, que se refleja en el desarrollo paulino de la carta a los efesios: estamos con Cristo sentados en los cielos.

### 2. La misión

Perfectamente comprensible por parte del Señor que domina la tierra entera, la misión puede ser presentada en detalle conforme a la manera propia de las diversas recensiones. Parece preferible no subrayar las «señales» de que habla fMc, sino poner de relieve el *universalismo que se abre camino*.

Bajo otro aspecto, el predicador podría explicar la relación que une en adelante *misión* y *contemplación*. El cristiano no puede quedarse con la mirada clavada en el cielo, sino que, acordándose de la palabra del ángel: «No está aquí», ha de actualizar la nueva presencia por la misión que concierne a todas las naciones.

Esta misión acaba coronando la triple dimensión que caracteriza a las apariciones del Resucitado. Puesto que los discípulos han reconocido a Jesús en el Resucitado, no pueden

quedarse con la mirada fija en el aire, en la dirección por la que se ha ido, sino que han de cumplir la misión confiada por Jesús y hecha posible por el Espíritu.

## VII. TEMAS

Imprimiendo otro sesgo a sus explicaciones, el predicador puede servirse en ellas de las indicaciones que los distintos capítulos de esta obra ofrecen. Nos limitamos aquí a hacer algunas sugerencias en este sentido. La *triple dimensión* de los relatos de aparición puede ser útil para caracterizar la existencia del discípulo. El *tema de la comida* en común y con el Re-

sucitado hace que valoremos la celebración litúrgica durante la cual Cristo se hace presente. El enraizamiento de la iglesia en este período privilegiado contribuye a evitar que la comunidad eclesial se convierta en sociedad constituida naturalmente. Finalmente el *señorío del universo* inaugurado por Jesús sigue siendo una indefectible fuente de esperanza.

Xavier Léon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*. Salamanca: Sígueme, 1974, pp. 335-346